

Jorge Torres Daudet

LA VIDA,
SUS GRANDEZAS Y MISERIAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, n° 149—
MADRID • MMXXV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com
De la obra © JORGE TORRES DAUDET

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Del prólogo © NEREA TORRES EGÜÉN

Corrección ortostilística © LUCÍA COUTO CANCELA

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta: *El árbol de la vida* © ANDRIJAMARKOVIC
Con licencia de Depostphotos

Impreso en España por Copias Centro

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: MARZO 2025

Depósito legal: M-6298-2025
I.S.B.N: 978-84-18997-75-4



www.cuadernosdelaberinto.com

A Carmen, mi mujer, mis hijos y nietos

PRÓLOGO

Cómo osar a escribir un prólogo para un poemario de Jorge Torres, poeta del que estoy muy orgullosa, puesto que es mi padre, a quien en sus libros anteriores le han presentado figuras de la talla de Elvira Daudet, Fernando Jiménez-Ontiveros o Laura Caro. La osadía solo se explica por el hecho de que jamás podría negarle al padre que me dio la vida, nada que me pidiera, aunque, sin duda, me haga sentir el vértigo y la responsabilidad de quien sabe que poco podrá hacer por estar a su altura literaria. Tendré que compensarlo con un inmenso cariño y la esperanza de que mis palabras sean un digno prelude a las suyas.

Este sexto libro, titulado *La Vida, Sus Grandezas y Miserias*, es un compendio de experiencias y observaciones que Jorge ha plasmado con una sensibilidad única. En sus páginas, encontrarán una selección de poemas que capturan la esencia de la vida en sus momentos más sublimes y en sus instantes más oscuros.

Este libro es un canto a las peores tinieblas representadas en la guerra, la pobreza, la soledad, la locura, la pederastia, los atentados... y la muerte. También de sus luces, entre tanta miseria, la esperanza, la libertad, la solidaridad que está presente en ese baile entre la vida y la muerte... y el amor. El amor en sus diferentes formas. Desde la ingenuidad del hijo, pasando por la pasión del amante, el amor sostenido, perdurable y agradecido del esposo, hasta la generosidad desinteresada del padre y, más aún, del abuelo, evidencia, sin duda, el papel central que juega la familia en la vida de Jorge Torres.

Si hay algo que siempre fascina de Jorge, es su habilidad para detectar la belleza y encontrar lecciones en las adversidades. Su escritura es un testimonio de su capacidad para transformar las experiencias más simples en reflexiones profundas y conmovedoras. Así se muestra en «Yo era pequeño», donde Jorge narra cómo, a pesar de las dificultades de la posguerra, encontraba momentos de juego y alegría:

«Jugaba, el sonido de la corneta en el aire de la posguerra, a conquistar trozos de tierra, con el clavo, con el hínque, mientras los muertos se enfriaban, los muertos de todos, que no se ofenda nadie».

En «Tiempos de miseria», describe la dureza de aquellos años, pero también la resiliencia y la esperanza que surgían en medio de la adversidad:

«Los pequeños sin alimentos ni juguetes. Los mayores, mala sangre y juramentos; duros trabajos, pan duro y... escaso».

Y en «Mieses y flores», celebra la llegada de la primavera y la renovación de la vida, incluso después de la devastación de la guerra:

«La primavera ha llegado, atrás quedó la guerra. Han crecido, entre cascotes de metralla, las cebadas, los trigos, ganarán batallas al hambre de los vivos, las amapolas han florecido».

Entre tanta miseria, la esperanza efluye con un esplendor que embriaga al poeta y llega con la misma intensidad al

lector. A pesar de lo sombrío, la añoranza de tiempos pasados se erige por encima de lo peor, revelando lo más valioso de cada experiencia. Estos poemas, junto con muchos otros en este libro, son un testimonio de su capacidad para encontrar belleza y significado en las experiencias más difíciles.

En «Hoy he soñado», Jorge rinde homenaje a su madre, Milagros, una mujer fuerte y valiente que ha sido su compañera en las grandes y pequeñas batallas de la vida:

«Esta noche he soñado que era niño y mis padres estaban en mis sueños; me negaba a ir a la escuela, por no apartarme de ellos... ni un solo momento. ¡Qué ricos sus abrazos!... ¿Por qué más no me dieron? Más ricos eran sus besos... ¡Qué aroma el de mi madre acariciándome el pelo!».

Jorge evoca la nostalgia de una época pasada, en «El tren de aquellos tiempos», con una precisión y detalle que recuerdan a los versos de Federico García Lorca, quien también supo capturar la esencia de la vida cotidiana en sus poemas:

«El andén lleno de gente; pañuelos, despedida en las manos. Los viajeros seguidos de mozos, carretillas, valijas. El jefe de estación, calado su bicolor y cilíndrico gorro, suena el silbato, levanta el banderín rojo, enrollado».

La melancolía de los recuerdos familiares, se traslucen en su poema «Aquel hogar», donde Jorge Torres refleja un tema recurrente en la obra de poetas como Pablo Neruda, quien también exploró la nostalgia y el amor en sus versos:

«Nuestra casa ya no es aquel hogar donde flotaban las risas y las ilusiones de nuestros hijos, y sus

sueños. Es un nido vacío, con las sábanas frías, con espejos deshabitados, oscuros, tristes, sin el bello reflejo de la luz de sus ojos».

Los golpes de la vida también se sienten en «Flor de otoño», donde Jorge dedica un poema a su hermana, quien fue un ejemplo de fuerza y coraje:

«Vientos de guerra y odio. Del otoño de lodo, sangre y muerte, emerge una flor bella y valiente. Años de penurias, se hace fuerte, muy fuerte. Amor, hijos, desamor. Sola lucha, trabaja, educa. Escribe bellos poemas, todos ellos muy tristes».

Termino en mi repaso con «El reencuentro» pues aquí es donde el poeta describe con una delicadeza conmovedora el momento de exhumar los restos de su propio padre, un acto que refleja tanto el dolor como el amor eterno:

«Nos habías citado, padre, iban a exhumar tus restos, a romper tu descanso, a violar tu sueño, en una mañana de tensa calma. La tierra es negra y húmeda, exhalando vahos de pudrideros. Y saliste tú, alzado en vilo, con tu cuerpo de nácar y... entero».

El poemario nos lleva a lugares reales o imaginarios de Jorge Torres, memorias muy presentes de su querida tierra. El libro se convierte en todo un recorrido de lo vivido, trasluce el paso del tiempo. La vida vivida es la que le da al autor licencia para construir todo un relato regado de claro-oscuros e inmensos cambios tanto personales como de su entorno. Algo que queda reflejado de forma visible en el poema «Retrato» cuando expresa contundente «Acta del paso de la vida».

Esa trayectoria que marca al poeta es la que relata de forma poética en toda su obra, así también la referencia a la Parca en muchos de sus poemas, como parte indefectible que es de la vida. Lo tenebroso de esa visión parece traslucir en realidad su voluntad de mirarle a la cara desafiante y esperanzado en agarrarse aún más al regalo de la vida. De nuevo, muestra de su juego de luces en las tinieblas.

Qué capacidad de trasladar, de forma absolutamente sobrecogedora, tanto sentimiento con una carga de intensidad emocional que llega más allá, como testimonio de su talento y sensibilidad poética.

Espero que, al leer este libro, puedan sentir la misma conexión y admiración que yo siento por mi padre. Que sus palabras les inspiren, les conmuevan y les hagan reflexionar sobre las grandezas y miserias de la vida.

Gracias, papá, por la confianza de embarcarme en esta pequeña aventura que me ha permitido bucear un poco más en los recovecos de tu vida.

Con cariño y admiración,

NEREA TORRES EGÜÉN

INTRODUCCIÓN

Así es la vida, con sus grandezas y sus miserias. He sido parco en introducir, sobre todo, los poemas referidos a sus miserias. No era mi intención volcar sobre los posibles lectores, demasiadas miserias, de las que la vida es tan pródiga.

Y tan pródiga es que, mientras estas líneas escribo, se ha desencadenado una gran tormenta, DANA, en los cielos levantinos, cayendo agua a raudales durante poco tiempo, aunque pareciera interminable, por la cantidad de agua arrojada, con salvaje furia, dejando destrucción y muerte a su terrible paso.

Seis días después aún se cree que hay alguna cantidad más, sin posibilidad de cifrar, de cadáveres enterrados por el barro, una vez contabilizados ya más de doscientos muertos.

Miles de voluntarios acuden solícitos a ayudar en la lucha contra el barro, troncos de árboles arrancados por la furia de las aguas. Con tractores y palas son retirados coches destrozados, contados por miles. Muchas casas no consiguen aguantar el empuje de esas aguas descontroladas.

Gran caos, lágrimas, llantos... Desgracia, miseria. Y en este triste escenario, afloran los más nobles sentimientos, el pueblo, sus gentes, sus reyes, que demostraron su valentía, su nobleza, su gallardía.

Sin embargo, la incompetencia de los líderes y la dejación de funciones no ha ayudado a aminorar la tragedia.

La Comunidad Valenciana es la más afectada por el desastre, otras comunidades, como Castilla La Mancha, Andalucía y Cataluña también han sido afectadas, pero en mucha menor medida.

Han pasado dos meses y aún no se han terminado de arreglar muchos destrozos ni quitar barro en garajes y bajos.

Este triste episodio en el que la fuerza de la Naturaleza ha dejado constancia de su poder y, también, de la grandeza de los sentimientos humanos, como Antonio Machado citara: «El pueblo salva al pueblo». No obstante se dieron casos de todo lo contrario; malvados que aprovecharon el caos para invadir hogares, con o sin la presencia de los dueños, para robar lo que el agua no se había llevado. Sumar más desgracia a tanta tragedia. Se buscan muertos y desaparecidos en los más insospechados rincones, a veces con éxito.

El título del poemario no presupone que todos los poemas, necesariamente, relaten actos de grandeza o de miseria, aunque en esta ocasión muchos lo hayan sido, en los dos sentidos. En la vida, en la sociedad hay, a diario, incontables casos, más o menos ocultos o reseñables, a engrosar las listas de la grandeza y miseria que acompañan al género humano. Sí, la vida tiene sus grandezas y miserias.

LA VIDA,
SUS GRANDEZAS Y MISERIAS

YO ERA PEQUEÑO

Yo era pequeño, jugaba en las casas hundidas,
acompañaba a mi madre
a las colas del pan,
no me enteré del hambre.

Jugaba, el sonido de la corneta
en el aire de la posguerra, a conquistar trozos
de tierra, con el clavo, con el hínque,
mientras los muertos se enfriaban,
los muertos de todos,
que no se ofenda nadie.

Después de las bombas,
las bombas de todos,
vino la paz, la huida, el destierro, el hambre.

La nuestra fue una guerra más, maldita,
que nadie se extrañe.
¿Qué guerra no tiene bombas,
muertos, cárceles, hambre?
Las guerras hay que evitarlas antes: No
coquetear con banderas que no quiere nadie.
No ofender los sentimientos, las religiones de
nadie. Justicia para todos...
¡Hay que impedir que las guerras estallen!

BATALLAS EN LA MAR

Mis juegos de niñez,
entre escombros de las casas hundidas,
rescoldo de la guerra,
eran de batallas en la mar embravecida;
olas gigantescas
eran montañas de vigas y tierra.

Subido en el puente del barco,
los residuos de algún muro caído en mi patio,
como altivo capitán, daba órdenes
a estáticos montones de ladrillos y piedras,
siempre sordos y mudos a mis gritos,
así, en mis batallas, no había muertos ni heridos.

Los palos eran las espadas,
las tuberías, troceadas, los cañones,
las ratas... Los espías.
Eran los juegos de aquellos años de posguerra,
sin juguetes, con la inocencia
en los ojos de los niños,
sus reflejos, los daños de la guerra.

TIEMPOS DE MISERIA

Los pequeños sin alimentos
ni juguetes. Los mayores,
mala sangre y juramentos;
duros trabajos, pan duro y... escaso.
Días largos, amaneceres y trasnochadas,
sudores y piojos,
alpargatas con agujeros.

Después vino la guerra:
niños con hambre, lágrimas y mocos...
Muertos, muchos muertos...
Mujeres, sayas, pañoletas negras
y corazones rotos...

MIESES Y FLORES

La primavera ha llegado, atrás quedó la guerra.
Han crecido,
entre cascotes de metralla,
las cebadas, los trigos,
ganarán batallas al hambre
de los vivos, las amapolas han florecido.
Mieses y flores...
Homenaje a los muertos
que, en los campos, han caído.

SE HIZO EL MAL POR TODOS

Dejémonos de colores,
rojo, azul, azul y rojo; ¡ya basta!
Acabemos, de una vez por todas,
con las dos Españas.

Gobernantes y gobernados
dejémonos de odios y miremos hacia atrás
sin iras ni rencores,
no encendamos, una vez más,
la mecha de la venganza.

Los odios traen las guerras
y el rescoldo de la guerra, campos y ciudades
con sangre inocente derramada, es más odio.

Han pasado los años, nada es igual que entonces;
atrás quedó, en aquella muy miserable España,
el analfabetismo, la injusticia, y el hambre;
hoy, al pueblo, no se le engaña.

AÑO 1958

No escapábamos del rosario, de los curas del colegio.
Paseábamos la alameda con las manos
en los bolsillos, rotos, llenos de frío.

Mirábamos al negro cielo, hacíamos guiños
a las estrellas,
cantábamos «En el año dos mil y pico... el hombre
podrá volar».
Año 2000... Qué lejano, muy lejano, nos parecía
remoto, inalcanzable,
más que cualquier galaxia. ¿Llegaríamos?

Filosofábamos, hablábamos de los aviones
«a propulsión a chorro».
Fumábamos, a trozos, los «Ideales» amarillos,
con pestazo de colillas apagadas,
guardadas, escondidas, en los bolsillos del abrigo.

Hablábamos de Maribel y de Charito, mirábamos
al cielo, ¡qué frío!,
las manos en los bolsillos, calor en las ingles.
La Luna, galleta de plata, nos miraba, se reía
congelada.

Recitábamos a Jorge Manrique, a San Juan de la Cruz.
Cantábamos rancheras, silbábamos el «Puente sobre
el río Kwai»,
y, a veces, hablábamos de religión y matemáticas.
Y pasaba la tarde invernal del domingo,
calada tras calada de los cigarrillos «Ideales» amarillos.